

des impidieran a Enrique lanzarse sobre él con todo su ejército. El arzobispo Tagino, a quien se confió la dirección de la guerra contra Boleslao, no estuvo a la altura de su misión: antes de que hubiera conseguido reunir sus tropas, los polacos se encontraban en territorio alemán y habían avanzado hacia Magdeburgo, llevando el saqueo y la devastación a todas partes. Una persecución débil no podía hacerles daño alguno y Boleslao se sintió suficientemente fuerte para atreverse a poner sitio a Bautzen, cuya guarnición, a pesar de todo su valor, tuvo que capitular, abandonando libremente la plaza que Boleslao supo conservar durante el siguiente año. Sería enojoso referir todas las correrías de escasa importancia que van unidas a estos sucesos. Boleslao resistió con gran energía todas las tentativas que hizo Enrique para desposeerle de los territorios que había reconquistado. Durante los años 1010 y 1012 quedó probada su gran superioridad política y militar, cayendo en su poder todo el país hasta el Elba. No le quedó, pues, al rey más recurso que firmar con Polonia una segunda paz, mas desfavorable para él que la primera. Esta segunda paz fue pactada en 2 de febrero de 1013 en Magdeburgo entre Enrique y Misco (Miecislao), hijo de Boleslao, el cual, después que se hubo hecho cargo de los rehenes que habían de servirle para su seguridad personal, llegó en 24 de mayo a la residencia real de Paderborn. Enrique hizo cuanto pudo para atraerse a aquel hombre peligroso. El domingo de Pascua prestó Boleslao al rey el juramento de fidelidad y precedió con la espada a éste, que con gran pompa se dirigía cabalgando a la iglesia. Al día siguiente se cambiaron los presentes y recibió Boleslao la investidura, y con ella probablemente la Lusacia y la comarca de Milzene. En paz y amistad se separaron los dos soberanos, devolviendo Boleslao al rey los rehenes, a quienes colmó de regalos.

Esta paz fue completamente ventajosa para Polonia: Enrique se había mostrado el más débil y con la investidura no se había hecho más que cubrir las apariencias, pues Boleslao había obtenido libertad completa para realizar los grandes planes que hacia tanto tiempo acariciaba, y que tendían nada menos que a unir en su mano todo el poder eslavo. Tales son las primeras grandes manifestaciones de las ideas panslavistas que a nuestra consideración se ofrecen. Boleslao, no contento con su triunfo en Occidente, pensaba extender su influencia por el Oriente y poner, en lo posible, al imperio ruso bajo la dependencia de Polonia (1), para lo cual le ofrecían un pretexto sus relaciones de parentesco con Wladimiro el Santo. Swiatopolk, hijo de Wladimiro, estaba casado con una hija de Boleslao, a la cual acompañaba en Rusia el fanático obispo de Kolberg, Reinbern. Parece que la conducta enérgica de éste, que hacia mayor propaganda del cristianismo de lo que quería Wladimiro, llegó a despertar la desconfianza del soberano ruso, el cual supo además que Boleslao instigaba a su yerno para que se sublevara contra su padre. Entonces Wladimiro hizo encarcelar a Swiatopolk, a su esposa y al consejero de ésta; Boleslao vio en esto un motivo para comenzar la guerra, y acompañado de una división de caballería alemana invadió la Rusia occidental, devastando cuantas comarcas encontró a su paso. Esta invasión, peligrosa para Wladimiro por la parte que en ella tomaron los pechenegos, no tuvo resultado alguno duradero, a no ser que con ella se relacionara — lo cual es probable — la libertad de Swiatopolk. Sin embargo, fue este un paso dado con un fin que Boleslao no volvió a descuidar, por más que su atención se fijara con mayor interés en otras cosas.

Cuando tuvo que enviar a Enrique el contingente prome-

(1) No se comprende por qué había de ser excluida, como se ha dicho, esta contingencia.

tido para la expedición a Roma, se vio con cuán poca lealtad había aceptado las negociaciones de Merseburgo. En efecto, al penetrar Enrique en Italia no se le unieron ni el duque ni las tropas polacas, antes bien Boleslao procuró hacer fracasar el éxito del viaje, enviando para ello mensajeros a Italia. Al propio tiempo hizo decir al papa Benedicto XIII que a consecuencia de las asechanzas que le preparaba el rey le era imposible pagar el dinero de San Pedro (2). Mientras esto hacía por un lado, esforzábale por otro en unirse con Bohemia, a cuyo fin envió a su hijo Miecislao para que se avistara con Udalrico, que había sido nombrado duque de Bohemia por Enrique después de haber sido desterrado su hermano Yaromir. Esta visita no tenía más objeto que conseguir una unión entre Bohemia y Polonia contra el emperador. Udalrico, sin embargo, se mantuvo fiel a Alemania y contra todo derecho prendió a Miecislao y le entregó a Enrique II. Este golpe era tanto más duro para Boleslao cuanto que los lituzes, desde la concordia pactada en 1012 en Arnenburgo con Enrique permanecían adictos a éste y no querían oír hablar de ninguna alianza con Polonia.

No andarán descaminados los que busquen la falta principal de la política de Boleslao en las relaciones que sostuvo con las tribus eslavas del Báltico, que, a pesar de la enemistad de raza contra los alemanes, consideraron siempre como el enemigo más peligroso al príncipe de Polonia, con quien tenían grandes afinidades de raza. Boleslao no supo ganar terreno entre ellas, de modo que los lituzes, en las luchas que entonces estallaron, estuvieron siempre al lado de los alemanes. Entretanto, Boleslao consiguió, por medio del soborno, que se pusiera en libertad a su hijo, pero lejos de creerse por ello obligado para con el emperador, no solo no hizo caso alguno de la invitación que se le dirigió para que asistiera a una recepción de gala en Merseburgo, sino que, por cosas que ignoramos, excitó de tal suerte la cólera del emperador que éste exigió de él, por conducto de una embajada formal, la cesión de todas las comarcas que había conquistado. Una altanera negativa del duque fue la señal de la guerra. En 8 de julio de 1015 reunióse el ejército imperial en el Elba, atravesando luego el Oder y apoderándose de Bautzen, sin que se librara, sin embargo, una batalla campal. Boleslao procuraba no encontrarse frente a frente del ejército alemán. A pesar de todo, la expedición fracasó por no haberse podido reunir con las imperiales las tropas bohemias. El emperador emprendió la retirada, sufriendo grandes pérdidas al atravesar las pantanosas comarcas de la Baja Silesia, y aun hubo de considerarse como una suerte que Meissen, atacada catorce días después por Miecislao, no cayera en poder de los polacos. Las armas solo estuvieron un año en reposo: en enero de 1017 hizo una nueva tentativa para llegar a un acuerdo, pero al ver que fracasaban las negociaciones, Enrique dejó toda vacilación a un lado. Esta vez había preparado con todo cuidado la campaña: Bohemia, Hungría, los lituzes y Rusia estaban de su parte, y el ejército se halló en 9 de agosto delante de Glogau, plaza ocupada por tropas polacas. Enrique no creyó conveniente entretenerse en poner sitio a la ciudad, prefiriendo seguir adelante para apoderarse de Niemptsch; pero el cerco de esta plaza fracasó por completo a pesar de haberse hecho inauditos esfuerzos para sostenerlo. En vano intentaron el asalto los alemanes, los lituzes y los bohemios; la peste se cebó en los sitiadores y el emperador tuvo que regresar a Merseburgo, por Bohe-

(2) No se dice que Boleslao hubiera efectuado anteriormente pago alguno a Roma, a pesar de que puede afirmarse con seguridad que el duque contrajo esta obligación al fundarse el arzobispado de Gnesen. Apenas puede creerse que el papa Silvestre II no obtuviera ventaja alguna de esta emancipación de Polonia.

mia, sin haber podido conseguir su intento. Entretanto, Boleslao había dirigido desde Breslau la defensa de sus territorios; así es que el país que se extendía, a las espaldas del emperador, entre el Elba y el Mulde fue horriblemente devastado, siendo además rechazado el ataque que intentaron los rusos en la marca oriental de Polonia. Este éxito altamente favorable a los polacos no se sabe si fue debido a la poca habilidad de Enrique o a la mucha que mostró Boleslao en su sistema de defensa. Entre los alemanes, el fracaso de la campaña del año 1017 produjo un efecto tan espantoso que el emperador Enrique resolvió ceder en los puntos más capitales, firmándose en 30 de enero de 1018, por mediación del arzobispo de Magdeburgo, en Bautzen, la paz que aseguraba al duque Boleslao todas las conquistas que a costa de Alemania había hecho. Que aquella paz se había firmado con intención de darle un carácter definitivo lo demuestra el hecho de haberse concedido a Boleslao la mano de Oda, hija del margrave Ekardo de Meissen, por la cual tanto había suspirado. Cinco años antes su hijo Miecislao se había casado con una nieta de Oton II, llamada Richenza, hija del conde palatino Erenfried, de la cual en 1016 había tenido un hijo, que llevó el nombre de Casimiro (1). De suerte que si Alemania renunciaba definitivamente a la Lusacia, parecían aseguradas las condiciones de una buena paz entre ambos reinos. Polonia logró, pues, consolidar su independencia nacional cuando Boleslao hubo rechazado por completo los repetidos ataques de Enrique.

Boleslao dirigió entonces su inquieta ambición hacia Rusia.

En la historia rusa hemos visto sus victorias y su fracaso definitivo. Es un detalle de importancia el hecho de haber podido, en 14 de agosto de 1018, penetrar con su protegido Swiatopolk en la capital de Rusia, en la sagrada Kieff, mereciendo consignarse muy especialmente que en aquella gloriosa campaña tomaron parte 300 combatientes alemanes, lo cual es un indicio de que había sido lealmente mantenida la reconciliación germano-polaca. Esta guerra rusa no dejó de ser de resultados para Polonia, pues bajo su dominio quedaron las llamadas ciudades tscherwenisches, permaneciendo además abierto el camino por el cual Polonia podía intervenir con frecuencia en los asuntos interiores del gran Estado eslavo vecino.

A las relaciones pacíficas que en lo sucesivo existieron entre Boleslao y el imperio alemán se debe que no sepamos nada de los últimos tiempos de aquel príncipe: los cronistas alemanes, lo mismo que los anales polacos, guardan silencio acerca de aquella época. Únicamente sabemos que en los últimos años del emperador Enrique II, Boleslao envió a Roma un mensajero para pedir al Papa la corona real. El emperador, sin embargo, le había cortado el camino y el emisario fue reducido a prisión, de la que después logró escapar. Poco después de la muerte del emperador, Boleslao tomó el título de rey, no sabemos si con anuencia o sin consentimiento del Papa: el hecho es que lo tomó y que este acto constituye la verdadera expresión del pensamiento que llenó toda su vida. En su consecuencia, Polonia en lo sucesivo debía formar un Estado independiente y en cierto modo colocado frente a frente del imperio alemán, constituyendo el centro de un futuro Estado unido eslavo.

En 17 de junio de 1025 falleció Boleslao, a los 33 años de reinado y a los 58 de edad.

Fue indudablemente un hombre extraordinario: se le ha

(1) Véase Grunhagen (*Registro para la historia silesia*, 2.ª edición, Breslau, 1876), cuyas fechas adoptamos en contra de lo que hablando del matrimonio de Miecislao dicen Roeppel y Giesebrecht.

llamado el Temerario y merecía haber sido denominado el Grande. Aun cuando su padre le había dejado un reino organizado en forma política, este hecho, sin embargo, no demostraba que el reino de Miecislao pudiera llegar a ser más que un Estado eslavo vasallo del imperio alemán. No había garantías para profetizar un porvenir nacional, antes por el contrario, podía predecirse la germanización futura de aquel territorio, con el mismo derecho que se preveía la decadencia de las tribus eslavas de las costas del mar Báltico. En tiempo de Boleslao la situación cambió de aspecto: la adquisición de un centro independiente de Alemania para el joven cristianismo polaco; la afirmación de la nacionalidad eslava enfrente de la germánica; la tentativa de someter a su soberanía a todo el grupo de los eslavos de Occidente; la feliz extensión de su reino, que abarcaba casi toda la cuenca del Vístula y del Oder y que confinaba por un lado con el Elba y por otro con el Dniester; la larga serie de brillantes campañas, que constituían para él frecuentes victorias, a pesar de algunas derrotas sufridas y que eran siempre prueba de su superioridad política, todos estos hechos contribuyeron a hacer del nombre de Boleslao enseñanza de la idea del Estado polaco y a darle una aureola cuyos rayos se reflejaron hasta en los tiempos más lúgubres de la historia polaca.

Ya hemos visto cómo fracasó su tentativa de unir la Bohemia a Polonia: esto le ha sido echado en cara sin razón alguna, pues el problema de la unión de dos razas tan afines no era insoluble en una época en que las cualidades de raza no se habían desarrollado hasta el punto de formar marcados tipos nacionales. Únicamente con el apoyo de Alemania pudo el premyslida Yaromir recobrar su trono, y no tenemos motivo alguno para creer que sin este auxilio la Bohemia hubiese podido sacudir el yugo de Boleslao. Si éste se negó a consentir que Enrique II sancionara sus conquistas en Bohemia, fue porque esta sanción por el rey alemán hubiera equivalido a una renuncia de sus grandiosos planes. Moravia, Silesia, Lusacia y Pomerania permanecieron, a pesar de todo, en su poder y pasaron al de su sucesor, y no fue culpa suya si éste no supo conservar la herencia.

CAPITULO III

SITUACION INTERIOR DE POLONIA

Acerca del estado de cosas en el interior de Polonia hasta la muerte de Boleslao se ha escrito mucho, a pesar de que en realidad no tenemos sobre este punto tradición alguna. Si dedicamos a él un capítulo especial, lo hacemos más para determinar lo que no sabemos que para ofrecer un cuadro real del estado de cultura que Polonia había alcanzado en aquel tiempo. De los reinados de los dos primeros duques polacos no se ha conservado documento alguno, y solo encontramos algunas noticias verdaderas sobre ellos en los cronistas y en los anales alemanes. Llama desde luego la atención que fuera de Miesko y de su real familia no se mencionen caudillos o nobles, no encontrándose la menor huella de jefes de pequeñas confederaciones, tales como con tanta frecuencia los vemos entre los eslavos del Elba. El hecho mismo de que los primeros soberanos de Polonia buscaran sus esposas fuera del país demuestra que en sus dominios no hallaban familias de alcurnia igual a la suya. La antigua historia de Polonia no nos ofrece aquellas parcialidades que se alzaban enfrente de los duques y que podían ser prueba de una organización en clases, tales como consejos del príncipe, séquito guerrero y voluntad popular. Sobre aquel fondo envuelto en la oscuridad solo se destacaba la figura del príncipe, a quien vemos gobernar sin limitación alguna, declarando la

